

Carta cruzada

Por Patricia Nieto

El recuento a una amiga que se fue puede ser el mejor motivo para poner al día lo que hemos vivido en estos cinco años de *La Hoja*.

No sabría uno qué contestar a una carta así

Medellín, septiembre 27 de 1997

Querida Alicia:

Yo no sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos. Llevabas el pelo recogido y los anteojos oscuros. La mañana de tu partida fue para todos nosotros nostálgica y triste. Te fuiste sin la alegría común de quienes se van a cumplir un sueño, comentamos luego. Nos quedamos con la certeza de que te ibas demasiado a prisa huyéndole a una ciudad que te parecía monstruosa. Y en realidad lo era, tenía el rostro de una diva vuelta añicos por la opulencia vana. Te fuiste a pesar de las lágrimas. Los demás decidimos quedarnos por una especie de placer masoquista, escribiste en una de tus primeras y ya lejanas cartas. No sé si tenías razón. Lo cierto es que sobrevivimos a aquella tristeza por la ciudad arrasada, a aquel miedo a la mano asesina, a aquella angustia por los jóvenes muertos, a aquel dolor por las madres heridas. Y aquí estamos, asistiendo a la extraña calma de una ciudad que ya no aparece en las primeras planas de los periódicos por los hechos que tú conociste, pero en la que seguimos habitando como presos.

Ciudad roja que sabes a sal / recibe la lluvia de los truenos de hoy / libérate de la extremaunción / vive el final de tu noche de horror/ y deja que los hombres se amen sin miedo de quemarse bajo el sol.

Cuando te fuiste –al comienzo de esta década– Medellín era a los ojos del mundo una ciudad en guerra. Helicópteros misteriosos sobrevolaban en la oscuridad, grupos de policías controlaban las salidas de la ciudad, los agentes

especializados allanaban residencias lujosas donde el olor a los capos fugados todavía se percibía en las habitaciones. Y al mismo tiempo los perseguidos ensayaban macabras estrategias de ataque, de defensa, de distracción, de demostración de poder, de ocultación.

“Tres cadáveres, atados de pies y manos, fueron encontrados esta madrugada en el cerro El Volador...”. ¿Recuerdas la voz del locutor leyendo las listas mientras que tu espalda recibía el baño de agua helada en la mañana?

Los amigos –enemigos de los narcos– caían en las cunetas de las carreteras y patrullas de agentes volaban por la explosión de la dinamita en cualquier calle. Con los policías morían estudiantes, madres, niños, obreros, abuelos... la última bomba que recuerdo fue la que mató a tu padre, la que te mandó a vivir lejos de aquí. Desde entonces han muerto miles y miles. Hasta el propio capo descansa en paz y con su muerte Medellín desapareció lentamente de los grandes informativos del mundo, y habrá quiénes, supongo que los habrás conocido, han sacado a Medellín de su memoria y con ella a toda la atrocidad que aquí padecemos. O mejor dicho, padecemos.

Me pides que te hable de la ciudad de hoy y apenas produzco frases desconectadas y delirantes. Pero delirantes y sueltas, son apenas la rápida expresión de un corazón que no se siente bien con lo que pasa en Medellín.

Hoy un silencio –espero no sepulcral– se tiende sobre una ciudad que no necesita al capo para suicidarse, ni un bombardeo de los Estados Unidos para causarse temor y desangrarse. La sangre joven sigue derramándose, el temor sigue hiriendo nuestras conciencias, y esa guerra sutil e inaparente es mucho más grave que aquella de los narcos y policías que padeciste. Porque esta guerra prevalece, se fortalece y no amenaza fin. Y aunque intenten vestirla de flores, esta guerra es la que verdaderamente nos nombra.

Este fin de año, que coincide con el fin del mandato, está plagado de inauguraciones: intercambios viales, edificios inteligentes, plomadas gigantes adornando las glorietas nuevas, edificios ecológicos y parques no sé cómo... son los encargados de convertir a Medellín en un jardín. Y no lo digo con ironía, es más, hasta me agrada percibir el balanceo de la plomada que cuelga ahora mismo de una estructura metálica sobre la glorieta de Carabineros, en la vía al norte. En verdad no me preocupan tanto las flores como los muertos.

Entra en ti mismo sin golpear

Te dejo mi voz como el último clavel / pongo esta flor simple a tus pies / unge las llagas de las madres viudas / ponla en los labios de los asesinos / sus dientes de fieras rasgarán sus pétalos / y entonces cantarán.

Esta mañana vi una escena aterradora. Viajaba en un bus sintonizado a una emisora que transmitía el reporte policial de anoche. Todavía el poligrama me produce curiosidad, a otros amigos nuestros la lista de muertos les produce mareos y creen solucionar el problema apagando el radio. Aunque ellos no lo escuchen, el locutor sigue con sus listas, porque los fiscales siguen con sus muertos, porque los asesinos todavía tienen sus deudas. Los nombres de los muertos de anoche pasaron por mis oídos como una de esas canciones que se aprenden de tanto escucharlas, pero que siempre impresionan por un verso, por un compás. Las dos descripciones de las mujeres muertas me llamaron la atención por inconclusas y por precisas a la vez. Aún horas después de muertas nadie las identificaba pero se parecen mucho a cualquier mujer de esta ciudad. Incluso la que viajaba a mi lado, podría ser la morena. Aquí todos estamos como muertos, o por lo menos tenemos la certeza de que un destino trágico puede pisarnos los talones.

Ciudad roja que sabes a sal / recibe la sangre de tus muertos hoy / ofrécela como el sacrificio final / bébela en el cáliz de la redención / siembra girasoles en el Quitasol / y siembra girasoles en el Quitasol.

Sólo alguien que haya pasado por aquí o que haya recorrido con juicio las líneas de una novela donde el protagonista vive su vida tratando de conservar la vida aunque ninguna amenaza directa lo atemorice, puede entender lo que pasa aquí. Así de simple, así de complejo.

No sé cuánta gente se dedica ahora a cuidar a otros para que puedan regresar a casa en la noche. No sé cuántos porteros armados vigilan edificios públicos y privados. No sé cuántas escuelas de defensa personal se han fundado. No sé cuántas alarmas están encendidas ahora mismo. No sé cuántos perros vigilantes preparan cada mes. No sé cuántas cámaras nos vigilan en las calles y en los interiores. No sé cuántas veces he debido identi-

ficarme para poder ingresar a cualquier lugar de mi interés. No sé cuántas familias se separan cada mañana como si fuera la última vez.

Ahora mismo tendrás en la punta de la lengua la pregunta fatal: ¿quién mata ahora? La respuesta es tan sencilla como abrumadora: bandoleros, mafiosos, milicianos, guerrilleros, paramilitares, escuadrones privados y oficiales, ladronzuelos, y de pronto hasta mi vecino. Aquí se muere por sapo, por metido, por torcido, por basuquero, por indigente, por desplazado, por rico, por comunista, por derechista, por puta, por amigo de la puta, por de malas, porque sí...

Para reparar un poco la herida de la vida, para creer que existe todavía un lugar para la tranquilidad, algunos aprendieron a adorar los últimos rincones de la casa y otros a ensayar un nuevo discurso que por reiterativo perdió su eficacia. Hace pocos días conocí la casa de uno de los primeros y podría describírtela así: un hombre armado vigila la calle. Una reja protege la entrada principal. Tres chapas para ser accionadas a control remoto aseguran la entrada. Una alarma está conectada día y noche. Un contestador automático atiende y graba las llamadas. Una reja cubre el patio trasero de la casa. Las alcobas tienen puertas blindadas. Al final del pasillo hay una puerta de evacuación. En aquellos donde tal sofisticación no es posible, un muchacho silba en señal de peligro. Otro corre entre solares, brinca quebradas, remonta techos y se encueva. Pero todo este artificio de señores feudales falla. Las cifras de asesinatos y de secuestros son todavía alarmantes, aunque tengo la sensación que para el resto del mundo, Medellín desapareció o simplemente, como quisieran los gobernantes aquí, se vistió de muchacha bonita.

De los otros, de los del discurso recién envejecido, podría decirte que son decenas, tal vez cientos que con una fuerza muy débil aún, creen ser los únicos capaces de sembrar este hogar de esperanza. Promueven acciones cívicas en Pedregal y Castilla, hablan de tejidos sociales en Manrique, entablan discusiones con funcionarios por el derecho a la educación en San Pablo, pintan los muros de Villa del Socorro con mensajes de paz, hablan de pactos y treguas por la emisora juvenil de Villa de Guadalupe. Creen que pueden redimir a Medellín, pero las balas los matan antes de que logren resucitar el sentido de palabras ahora huecas. ¿Quién cree ahora en tolerancia, conciliación, paz? Ellos mueren por palabras que hace tiempos nos dejaron de significar.

Lamento ocupar estos minutos de tu vida con unas palabras tan severas, con unas ideas tan lúgubres, con una esperanza tan opaca, pero cree que no tengo muchas razones para alimentar una esperanza. Como tú, pertenezco a la, para muchos, insoportable generación del escepticismo. Nuestros contemporáneos se convertían más fácilmente en sicarios que en obreros, llegaban más pronto al cementerio que a la universidad, se entregaban con más delirio a una muerte atroz que a una madurez plácida.

Miles se fueron mientras que nosotros pasamos las barreras de los años con cierta felicidad y algún sueño. Y ahora, desde una edad aún joven, pero ya no temprana, conservamos entre fugas, dudas y vacilaciones, la esperanza de habitar aquí cuando esta ciudad pueda considerarse a punto de ser feliz.

Qué tal, Alicia, si regresas para cuando el paraíso quede aquí. Un abrazo,

Patricia Nieto

Octubre de 1997

No vaya a dejar volar del todo su imaginación